



RECADO PARA ARMANDO RUBIO

Estimado Armando:

Perdona que turbe, sólo unos instantes, tu sueño eterno, pero pasaste a la carrera por la vida, que a todos nos faltó tiempo para hablarte. Y eso que, en mi caso, te conocí desde niño y que luego, entre mis idas y venidas, siempre charlábamos en la taberna de la Sech, en las calles o en los autobuses. Ibas demasiado de prisa, casi volando, y ninguno de nosotros supo hacia adónde. Hoy lo sabemos, pero hoy es ya demasiado tarde, reloj detenido, calendario sin mañana.

Nunca hubiese imaginado, desde luego, que alguna vez iba a acompañarte al cementerio. Hubiera sido tonto de mi parte. Lo cuerdo era esperar, justamente, lo otro, que tú fueses a mi entierro. Pero la vida, algunas veces, se vuelve loca, y ocurre lo que jamás debió ocurrir.

Algunos de nosotros, tus mayores, habíamos calculado que serías uno de nuestros grandes poetas al despuntar el siglo que se avecina. Creo habérselo dicho a tu padre, mi amigo de tantos años, el más recatado poeta de mi generación y ahora el hombre más herido de la tierra. Lo tenías todo para serlo, gracia, talento y oficio. Pero, como te dije, ibas demasiado aprisa y nos desnucaste nuestro cálculo.

Hoy te veo, sin embargo, bailar con Isadora Duncan, mientras Essenín, otro apresurado, te observa de reojo. Te veo ponerle cara de Dios-fotógrafo, para que éste, como tú decías, complete su álbum familiar, y para que Jorge Teillier, que está muy triste, te incluya en un libro que viene postergando hace mucho tiempo. Te veo, son tus palabras, con cara de hostia dominguera, repartiendo tu muerte en cada uno de nosotros. Y pregunto cuándo, a qué hora, en qué instante, volverás convertido en mito, leyenda o historia de estos años quebrados.

No tienes por qué inquietarte. A ti, la muerte no podrá callarte, ni te hará nada más de lo que ya te hizo, porque en verdad, estás condenado a seguir viviendo en tus escritos mientras dure el tiempo. Yo estaré bajo la tierra, Leonora Vicuña habrá olvidado su guitarra, la UEL habrá cambiado de giro y tú, en cambio, serás siempre el mismo, el poeta joven al que le cayó la muerte cuando comenzaba a correr la vida. Y volverás, una y otra vez, a sentarte entre los jóvenes, animarás el ritual de sus copas, prolongarás su memoria con la fuerza del mito y todos, de un modo u otro, asumirán tu muerte como un símbolo inagotable.

Alguna vez con tu padre, recorrimos todos los bares en que dejó la vida Teófilo Cid. Se cumplía ese día el décimo aniversario de su muerte y con ese recorrido alocado quisimos, tu padre y yo, reencontrar ritualmente al amigo perdido en algún rincón de la nada.

Olte maree, otoño 1982. El Tabo.

STOIS

## **AUTORÍA**

Cerda, Martín, 1930-1991

## **FECHA DE PUBLICACIÓN**

1982

## **FORMATO**

Artículo

## **DATOS DE PUBLICACIÓN**

Recado para Armando Rubio [artículo] Martín Cerda.

## **FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## **INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

## **UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile